"La Vanguardia" 12/5/85

Cataluña-Baleares: el sí y el no

NADIE podrá negar, so pena de mentir o equivocarse, el gran contacto, los sentimientos fraternales, la simpatía, existentes entre Cataluña y las Islas Baleares. Sin embargo, escasas son las reflexiones de intención objetiva que el hecho ha merecido, resultando en cambio excesivas las arengas que le han dedicado cierto catalanismo –en el Principado y en el archipiélago– y el anticatalanismo insular, más obstinados que sensatos.

Precisamente acabo de hablar sobre el tema en la Casa Catalana de Palma y ante un auditorio tan nutrido como interesado, reflejo de una actitud, incluso de una preocupación, muy generalziads en Baleares. Aunque la cuestión adopte características propias en cada isla. En Mallorca han surgido las mayores contribuciones a la literatura catalana y los más enconados rechazos. En Menorca ha habido la tendencia a estrechar lazos con Barcelona, para contrapesar el centralismo mallorquín. En Ibiza y Formentera el asunto ha merecido una atención menor, por ser un mundo el suyo más hermético.

¿Ha que referirse también al antiguo reino de Valencia, históricamente implicado en el pleito? Acaso, pero lo valenciano queda ahí al margen, popularmente sin presencia especial en las islas. Y en Cataluña habría que diferenciar entre el ciudadano medio, al que le gustan las Baleares y nada más, y el culturalmente concienciado, tan pronto demostrando un interés serio, creador, como exagerando.

Esa simpatía y relación mutua entre el Principado y el archipiélago será siempre una de las constataciones previas, incuestionables, que habrá que hacer al abordar el tema. Por muchos que sean los roces que puedan surgir, no hay que olvidar nunca la existencia de unos sólidos vasos comunicantes. Pero para matizarlos en seguida, porque no se trata de ideas, de sentimientos, idénticos a uno y otro lado del mar que nos engarza y nos separa.

Por ejemplo: el catalán se acerca al insular más cordial, más abierto, aunque a menudo considerando las Baleares como subsidarias suyas, como un apéndice. En éstas, en cambio, con frecuencia se observa lo catalán con cautela, por no decir recelo, aún cuando la catalana sea considerada la comunidad humana o nacional, como se quiera, más próxima a la balear.

Y si en Cataluña los escritores insulares en catalán son leídos y considerados como propios –desde Ramon Llull y Joan Alcover al reciente Valentí Puig–, en la isla los grandes autores catalanes son poco menos que ignorados, más allá del reducido grupo de fieles adictos, sean Verdaguer, Maragall o Carner. Unicamente han llegado el "boom" Espriu, la vivacidad periodística de Pla...

Insulares y catalanes tenemos, en el fondo, una justificación al actuar cada uno a su manera. Las Baleares de hoy nacen en el siglo XIII como una proyección catalana. Pero igualmente debido a ello reciben pronto un trato muy duro... Pero antes de continuar, debemos detenernos en otra constatación previa, pilar fundamental también: la de esta acta de nacimiento. Lengua, religión, gente, los insulares provenimos de entonces, de Cataluña. Sin menospreciar por ello el sustrato étnico que pudiera subsistir –entonces moldeado por lo bereber– y la contribución occitana a la conquista y poblamiento.

Tres grandes temas hay que considerar al enfrentarnos con la cuestión: el económico, el

Jaime I

histórico y el cultural. El primero ofrece una creciente dualidad. De entrada, el eje Palma (o Maó, o Ibiza)-Barcelona resulta tan obvio como insustituible, por imperativo geográfico. Pero en la Edad Media este marco fue desbordado: Mallorca era un "cabo de cruces" de la navegación, y por aquí pasaban las rutas que enlazaban el norte de Europa con el Mediterráneo y las de la ribera noroccidental de éste con el Maghreb. El auge comercial isleño fue, pues, internacional, pese al a fuerte presencia catalana.

Hoy el turismo semeja también un abanico cosmopolita, con su densa secuela de capital con intereses en las islas y las fuentes de aprovisionamiento. La dependencia balear de Barcelona, el mundo insular para Cataluña, han dejado de ser lo que fueron desde mediados del siglo XV a mediados del XX, período de preponderancia catalana. Y conste que resulta difícil comprender la desidia inversora, la desconfianza o el poco empuje manifestados por Cataluña en este campo para ella tan abonado.

EN lo histórico, Cataluña sale mal parada. Al poco de la conquista, comienza la extorsión catalana. Jaime el Conquistador, cuya memoria pèrmanece viva, es querida, entre el pueblo insular, instituye el reino soberano de Mallorques, como le llamaban. Apenas fallecido, su hijo y nuevo rey de la Corona de Aragón, Pedro el Grande, obliga a su hermano Jaime II de Mallorca a declararse feudatario suyo. Y diez años después le invade y desposee de las islas. Jaime II de Cataluña-Aragón las devuelve en 1298. Pero cuarenta y cinco años más tarde Pedro el Ceremonioso, que hasta escribió que no le importaría morir si se hubiera llevado por delante al rey de Mallorques, desembarca en el archipiélago, lo incorpora ya irreversiblemente a la corona aragonesa, amén de llevar a cabo una sangrienta represión política, que incluirá la muerte del rey mallorquín y la devastación de su estirpe.

Además, desata la carrera de impuestos. José María Quadrado anota que sólo de 1349 a 1363, el archipiélago tiene que pagar al Ceremonioso, la exorbitante cantidad de un millón de libras, amén de perderse en sus inútiles guerras 140 naves baleares. Y Alfonso el Magnánimo, a raíz de las revueltas populares de 1450, impone a la payesía una multa de 150.000 libras, que no podrá ser satisfecha y cuyos intereses agravarán secularmente la miseria de la ruralía mallorquina. El recelo de los isleños no ha nacido, no, de la nada...

Por el contrario, lo que ha venido enteramente potenciado por Cataluña ha sido el microuniverso literario mallorquín. Más aún: sin su inscripción en el conjunto catalán, ni hubiera alcanzado el envidiable nivel, en calidad y número, conseguido. Ramon Llull, Anselm Turmeda, Miquel Costa y Llobera, Joan Alcover, Llorenç Villalonga, son nombres señeros, desde la Edad Media hasta hoy. O el diccionario Alcover-Moll, un monumento.

Sin olvidar a quienes se han expresado en castellano claro, como Miquel Villalonga, o Juan Bonet. O la historiografía comprendida entre Quadrado y Alvaro Santamaría. Porque aquí se produce una diferencia neta con el Principado: las Baleares se han mostrado comúnmente reacias a aceptar los planteamientos maximalistas que comienzan en Cataluña hacia el fin de siglo, desde el monolingüista al nacionalista. Pocos son los escritores isleños que no han cultivado el bilingüismo, aun cuando se hayan inclinado por uno u otro idioma: Miquel dels Sants Oliver, Llorenç Riber, Angel Ruiz y Pablo, Isidor Macabich, los mismos Alcover, Costa, Ll. Villalonga, Bonet, etc.

Y es que Cataluña parte de unas bases completamente diferentes a las de las Baleares. En el Principado, el siglo XIX asiste a la expansión de la revolución industrial y del romanticismo, grávido éste del recobramiento histórico e idiomático de una edad Media para Cataluña gloriosa. Todo lo cual, además, se da en el seno de una España dividida, en crisis permanente. De ahí la razón y dinámica del catalanismo.

Las islas, en cambio, se mueven en otras coordenadas. De entrada, el Regne de Mallorques era diminuto y disperso: las Baleares, el Rosellón y Montpellier –hoy franceses–. Luego, la población: en el siglo XIII sumábamos 50.000 habitantes, sólo en el 1900 alcanzamos los 250.000... Nuestra fuerza proviene del etnocentrismo, que he estudiado en mi libro "Les Illes, encantades": toda isla, por serlo, fabrica unos modelos propios de ser, de existir, desde luego semejantes a los del continente vecino, pero no fundidos con ellos, sobre todo en su aspecto vivencial, que en el continente es múltiple, fluido y cambiante, mientras en la isla será ensimismado, reiterativo. Lo que en Cataluña es potencia y proyecto sobrestructural en las Baleares es visceralidad, enraizamiento.

Pongo punto final al examen. O, mejor aún, al acarreo de materiales, de sugerencias, para emprender un más amplio y reajustado debate. En el cual sobra el extremismo, por mucha pureza con que pretenda revestirse. Pues de tener él razón, la habrían tenido también, pongo por caso, los radicalismos de ambos bandos que promovieron la Guerra Civil española. Y esto, no. Cataluña y las Baleares se hallan unidas precisamente por lo que de mejor, más creativo, hay en ellas. Conservémoslo, potenciémoslo.

BALTASAR PORCEL